

Chile a 30 años de Salvador Allende

Guillermo Ravest Santis*

Acabo de regresar de Chile, tras una ausencia de ocho años, con la incómoda sensación de que en él se aposentó, con ánimo de solapada perpetuidad, un amasijo social de creciente desasosiego en pugna con un sector acomodaticio. Ése que tras los avatares del peor cataclismo humano, político y dictatorial sufrido por mi país, sigue viviendo bien, o mejor. Es desánimo y fragmentado rechazo a un modelo que allá y afuera conocemos con el eufemismo de "transición a la democracia". Él cumplirá casi década y media y su transitoriedad ya camina hacia la adultez. Es la hibridación perversa de una historia que no ha sido resuelta. Para la gente bonita del barrio alto Chile podrá ser "el tigre de A. Latina"; para los de sectores medios y pobres apenas si alcanzamos para gatos.

Esa hibridación perversa se la percibe en todo. En la actitud estresada de los chilenos como de estar yendo siempre a una segunda chamba o no querer llegar tarde a un compromiso. En la desafiante modernidad arquitectónica. En una pujante creatividad artística e intelectual. Incluso, la apariencia de que en todo el país la miseria se batió en retirada. Se me ocurrió decir: "Se ven bien vestidos". Tuve una respuesta repetida y tajante: "Es que aquí la más próspera actividad comercial sigue siendo la venta de ropa usada gringa". Bajo el actual ciclo recesivo que vive la eco-

nomía chilena desde el 2001, pero cuyo desarrollo se empina por los dos puntos, el país sigue siendo, en cuanto distribución del ingreso, "uno de los más regresivos del mundo". A fines de la década de los noventa, el Banco Mundial enojó mucho al gobierno de la Concertación y a sus economistas. Estadísticamente mostró "que 20 por ciento más rico se adjudicaba alrededor de 61 por ciento del ingreso nacional". Lo rebatieron. Dijeron que era "sólo 57 por ciento". Y se quedaron con sus conciencias muy tranquilas. Pero la polarización se sigue acentuando con niveles de cesantía que bordean 10 por ciento. El economista Jacobo Schatán, en un libro reciente, demuestra que 500 mil chilenos de los dos deciles de más altos ingresos, viven tan bien como los segmentos más ricos de Suiza.

A tres décadas de distancia no es un desatino recordar que el golpe de Pinochet y de los intereses anexos que lo propiciaron, fue igualmente vestido con ropa militar gringa en desuso por el trajín de 30 años que ya llevaba la Guerra Fría. Del mismo modo, la denominada "Concertación para la transición a la democracia" (1989) fue el modelo de ingeniería política impuesto por Estados Unidos, para salvar su desprestigio con la permanencia de Pinochet y evitar no solamente quedar salpicado con la sangre de sus crímenes sino también frustrar una irrupción realmente democrática al gobierno. Para construirlo fueron sus aliados un sector de las fuerzas armadas, el cardenal Francisco Fresno y todas las vertientes de la centro-derecha, incluido el Partido Socialista. De ahí, las consecuencias de los "amarres" aún vigentes

que dejó Pinochet: su Constitución; un aberrante sistema electoral binominal que excluye a las minorías y con una fracción del Senado integrado por designación, no por elección; el compromiso de no urgar en los negociados y enriquecimientos en que incurrió el dictador; saber dónde fueron a parar las platas de la barata que fue la liquidación desnacionalizadora de prácticamente todas las empresas construidas durante medio siglo por el Estado y financiadas por los chilenos; su ley de amnistía para los crímenes de lesa humanidad perpetrados —que constituyeron una política de Estado— pero cuyo juzgamiento avanza dramáticamente lento y que los tribunales ventilan como "delitos personales, no institucionales".

Una muestra de estas políticas tecnocráticas: la gran minería del cobre (nacionalizada por Allende) hoy sólo es 33.6 por ciento de la propiedad de los yacimientos. Gracias a una ley minera de Pinochet, las trasnacionales dominan ahora 64.4 por ciento de ellos. Esto, porque no pagan impuestos (*royalties*) al Estado por explotar un recurso natural no renovable, que teóricamente pertenece a la nación. Un adocenado conformismo hace exclamar: "Pero somos el primer productor de cobre del mundo". Un mínimo sector parlamentario planteó: cobrémosles esos *royalties*, así Chile compensará los 400 millones de dólares que no percibirá por la baja de aranceles que implica la puesta en marcha del TLC con Estados Unidos. La respuesta del ministro de Hacienda: subiremos el IVA (que es de 18 por ciento) para financiar lo que el gobierno llama la "agenda social".

* Periodista chileno actualmente reside en México. Fue militante del Partido Comunista Chileno. El 11 de septiembre de 1973, a cargo de Radio Magallanes, levantó el auricular para recibir y transmitir el último discurso del presidente Salvador Allende desde el Palacio de la Moneda

Pinochet impuso a punta de bayonetas un modelo de economía y de sociedad, trabajo sucio que perpetraron los discípulos de *mister* Milton Friedman de la Universidad de Chicago, becados previamente con becas de la Agencia Internacional del Desarrollo. Chile sirvió de conejillo de Indias para este neoliberalismo armado con sus *Chicago boys*. Fueron secundados en esta tarea por los intereses del imperio, los políticos e intelectuales más cavernarios de la derecha nacional y el Opus Dei. La obra prosigue hoy con los mismos dogmas monetaristas—pero democracia transitoria mediante— con una receta neoliberal más dulcificada. En una sola cosa coinciden los de ayer y de hoy: son gestores de los mismos intereses, aunque ahora digan que hay que conciliar “desarrollo con equidad”. No por casualidad, James Petras ya escribía en la década de los ochenta que Chile era el país donde primero los políticos y economistas de izquierda se cambiaron de chaqueta. Ahora son neoliberales “de centro”.

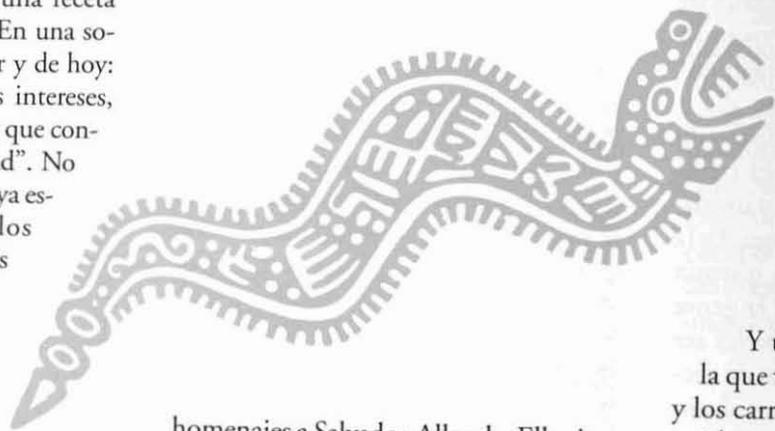
En la imposibilidad de retratar el ánimo de un país en tres cuartillas, dejaré que sean los mismos chilenos los que intenten hacerlo en sus propias palabras para diversas visiones y otros datos indicativos anotados en Santiago, apresuradamente, en mi libreta de reportero y leídos en revistas y periódicos de junio reciente:

Una actriz, en nueve palabras, sintetizó en esos días de junio santiaguinos, una lacerante realidad sobre la desmonetización de las colectividades y la política parlamentaria: “Yo tuve un partido, ahora tengo una página Web”. En verdad, de una proporción de diez militantes de partidos de centro-izquierda, hoy ocho son ex. Pero, en una gran mayoría, ellos siguen animando sus utopías en organizaciones sociales alternativas. Los jóvenes, en La Surda; “los que éramos, entonces”—como en

el tango— en Fuerza Social y Democracia, centros de estudios críticos, ONGS contestatarias, étnicas, de preservación del medio ambiente y espiritualistas.

Arturo Fernández, obrero: “Estos tiempos de cambalache harían ponerse a llorar al pobre Allende, al ver a su partido defendiendo los intereses de los empresarios y dándole la espalda a los trabajadores”.

De una revisión de cien títulos lanzados este año por tres editoriales chilenas, 40 de ellos son de análisis, rememoranzas de realizaciones del gobierno y del tiempo de la Unidad Popular u



homenajes a Salvador Allende. Ellos incluyen todos los géneros literarios, incluyendo la poesía. Algunos títulos significativos: *Los poetas y el general. Escritos en prisión (antología)*; *Sadomasoquismo chileno* (poesía, tributo a la memoria de Allende); *Olla común*; *El hambre que habla*; *Allende, la señora Lucía* (la esposa de Pinochet) y yo; *Reflexiones sobre el caos*; *La patria golondrina* (prosa); *¿Quiénes gobiernan en Chile y en A. Latina?* y *Los dueños de Chile* (economía). Pero también, el pinochetismo aún trata de justificar el baño de sangre; un título: *Los hechos de violencia en Chile, que lógicamente siguen adjudicando a los “upelientos”*. Es sintomática la fuerza crítica alcanzada por un nutrido contingente de historiadores jóvenes que, con fuerza y dotados de filudas herramientas metodológicas, en obra prolífica está analizando el devenir contemporáneo del país.

Antonio Becerro, animador de *performances*, fotógrafo y poeta: “Chile es un país terminal. Aquí llegan y se prueban todas las pendejadas, nuevas tendencias y las dictaduras. Éste es nuestro Chilito; por más que lo amemos, tiene olor a mierda, aunque insistan en darle chicles de silencios terapéuticos y de olvido”.

Jaime Campos, ministro de Agricultura, al ser interrogado qué razones había para remplazar la leche entera que desde el gobierno de Allende se da gratuitamente a todos los niños de Chile por una descremada, respondió desca-radamente: “¡Pregúntenle a las vacas!”

Otros dos síntomas de esta lucha contra la desmemoria y la inequidad. La movilización vigorosa del pueblo mapuche por el reconocimiento de sus derechos, la preservación del medio ambiente y la restauración de tierras, que sigue creciendo.

Y una indoblegable juventud, a la que vi mojada no sólo por la lluvia y los carros policiales—una semana seguida en las calles del centro de Santiago—, luchando por la defensa de la universidad pública y la democratización del sistema de créditos. Y, esencialmente, la indesmayable movilización de los familiares de detenidos, desaparecidos y ejecutados en demanda de verdad y justicia. Fermentos como éstos que siguen buscando cauce, creo que son el mejor tributo a la significación democrática de Salvador Allende que, a tres décadas de distancia, sigue cobrando más vigencia con su legado y alumbrando las esperanzas del pueblo chileno. ❁